

Cuando supe que me habían aceptado, pensé al instante el texto que iba a traer. Sin embargo, los días pasaron y la duda se sembró en mi cabeza. ¿Qué tal que no es lo suficientemente bueno? ¿O qué tal que me pongo tan nervioso que me temblarán las manos?

Pensé en lo que tenía por decir, de qué modo podía aportar algo a las muchas o pocas personas que estuvieran presentes. Pensé en que podía hablar de mí, quizás... Pero eso me pareció un poco narcisista. Consideré escribir sobre algo o alguien que pudiera inspirar a los demás, pero en ese momento mi mente estaba vacía. También pensé en hablar del amor, pero de inmediato lo deseché, porque historias de amor ya había muchas.

Después de todo esto, se me ocurrió que lo más fiel a mis ideales sería hablar en contra de las injusticias, de las luchas que se libran cada día en el mundo. Y, aunque me faltan dedos para enumerarlas, no encontré palabras.

Entonces, recordé a mis abuelos. Quienes desde su juventud, han luchado por los derechos de los pueblos indígenas de la meseta purépecha.

Recordé a mi hermana, con la que no siempre he estado de acuerdo, pero a quien siempre he admirado. Pensé en todas las luchas que libró desde niña para que yo fuera más feliz que ella.

Recordé a mi madre, como lucha día tras día contra un enemigo implacable. Además de que, me enorgullece decir, cómo también alza la voz cada día por los derechos de las mujeres.

También recordé a mi padre, recordé cómo, todos los días, intenta ser un hombre mejor para enseñarme lo que es correcto. Y puedo decir que he aprendido mucho, pero nunca olvidaré su famoso “No olvidemos de dónde venimos, para saber a dónde vamos”.

Recordé a mi Kira, quien nos dejó hace poco. Y no pude evitar soltar unas lágrimas al recordar que todos los días luchaba contra una enfermedad mortal... y aún así, siempre sonreía.

Recordé a mi pueblo, mi patria, mi sangre, mi gente. En como todos los días luchamos contra el racismo, clasismo, machismo, corrupción, impunidad, pobreza, violencia, despojo, censura, indiferencia... Podría llevarme toda la tarde.

Y entre tanto recordar, olvidé lo que iba a escribir en un inicio. Así que empecé a escribir mis recuerdos de luchas. Porque entendí que no necesitaba inventar una historia inspiradora, una lucha ficticia. Ya la tenía, ya la viví, la he heredado.

Y me reí. Porque, al principio, no quería hablar de amor... Pero sin darme cuenta, lo terminé haciendo. Así que lo último que me queda por decir es que, si un día volvemos a dudar, como yo al comenzar este texto, que no se nos olvide mirar atrás.

Porque recordar, también es luchar y también es amar.